

# EL CONSTITUCIONAL.

DIARIO LIBERAL DE ALICANTE.

DOMINGO 5 DE ABRIL DE 1874.

Condiciones de suscripción. Las suscripciones empiezan en los días 1 y 15 y terminan en los trimestres naturales. El pago de la suscripción y puede hacerse por medio de sellos de correo ó libranzas a favor del administrador de "El Constitucional" en carta certificada.

Se admiten remitidos y comunicados a precios convencionales. No se devuelve ningún original.

Número 1801.

Año IX. (SEGUNDA ÉPOCA.)

## CARTAS DEL NORTE.

CASTRO 29 de marzo de 1874. Señor director de *El Imparcial*.—Mi querido amigo: Acabamos de regresar del campamento.

Hemos visitado la batería extrema construida á unos 200 metros de Santa Juliana y del reduto de San Felices, y de las trincheras de San Pedro, únicos puntos ocupados aun por los carlistas. Nuestras tropas, que ocupan todas las casas de Murrieta, se comunican de viva voz con los carlistas, y de noche se producen debates curiosísimos, peculiarmente tan solo de esta clase de guerra. Nuestros soldados comunican con los carlistas, y algunos de sus oficiales vienen á nuestras avanzadas, donde comunican con los nuestros. Los soldados hacen lo mismo. Han sufrido pérdidas enormes estos días, y sobre todo están faltos de municiones. El Pretendiente está en Portugalete, el cuartel general lo tienen situado en una de las casas más allá de San Pedro. Sobre la trinchera blindada que poseen en el ferrocarril ondea la bandera de su Cruz Roja.

En nuestra batería avanzada hay en posición 14 cañones Krupp y va á ser construída otra de sitio para batir el reduto y las trincheras de Santa Juliana. El general persiste en su propósito de dar descanso á estos bizarros y valientes soldados, con tanto motivo cuanto que lo hace en las posiciones tan gloriosamente conquistadas, y que con el plan que se ha propuesto, atiende en primer término á economizar en cuanto sea posible la sangre de estos valientes. A todos ellos hemos oído de viva voz hacer los más exagerados elogios de la conducta, no ya valerosa, sino temeraria del duque de la Torre durante los difíciles momentos de la jornada del 27.

De regreso de las avanzadas hemos visitado en el cuartel general al ilustre jefe de este ejército, con el que hemos conversado largo rato y de quien recibimos continuamente las más expresivas muestras de afecto. Hoy el fuego ha sido un poco más vivo que ayer. Los carlistas han colocado en sus trincheras dos cañoncitos, con los cuales hicieron algunos disparos á la batería de la derecha; pero la de los Krupp rompió el fuego y se vieron obligados á retirar sus piezas más que de prisa; cuando lo efectuaban, los soldados que ocupan las casas les hicieron un vivísimo fuego que les ha causado grandes pérdidas.

Se está efectuando el relevo de los cuerpos y la conducción de los heridos á Castro. Sin estas causas y sin el decidido propósito del duque de proporcionar descanso á unos soldados que han estado batidos tres días, sin cesar un solo momento, estaríamos ya en Portugalete. Yo debo declarar que la conducta del general en jefe merece los mayores elogios, supuesto que se ha

propuesto realizar la operación lentamente, pero con resultado seguro, y dando al soldado el descanso á que es tan acreedor. El espíritu de éste inmejorable. Produce en nosotros todos un verdadero entusiasmo el contemplar de cerca á estos valientes, á los que no solo no ha abatido ni debilitado en lo más mínimo el terrible espectáculo de éstos tres días, sino que, gozosos, esperan la señal de continuar avanzando. No por esto debo ocultarle que la empresa es gigantesca, y que sin la precaución del duque y sin el valor y bizarría de este ejército y de todas sus clases, se hubieran estrellado contra estas formidables fortificaciones y contra el valor y fanatismo con que son defendidas.

Esté Vd. perfectamente tranquilo, sin embargo, que nuestro triunfo es seguro, y que la causa liberal quizás infliera un golpe mortal al absolutismo en estas comarcas.

Sin otra cosa por hoy sabe es suyo afectísimo, J. de Alcazar.

CASTRO URDIALES 30 de marzo de 1874. Mis queridos amigos: Muy necesaria era la tregua tácita establecida en estos últimos tres días. Nuestros soldados que llevan tres días de lucha y de insomnio, habían menester reposo, y los deberes de humanidad exigían al propio tiempo dar honrosa sepultura á los cadáveres de los valientes que murieron el día 27. De otro lado, era imposible emprender de nuevo el movimiento de avance mientras los hospitales de Somorrostro, capaces á lo menos para colocar 400 heridos; no estuvieran desalojados, operación que requiere dos ó tres días, no solo por los escasos medios de locomoción, sino por el cuidado y las precauciones que es necesario guardar para con los jefes, oficiales y soldados heridos de gravedad.

Teniendo, pues, en cuenta estas consideraciones y siendo preciso reorganizar las divisiones y brigadas que más padecieron en las tres brillantes jornadas del 25, 26 y 27, el ilustre general en jefe dispuso que se suspendiera todo movimiento, manteniéndose las fuerzas en sus posiciones, sin hacer fuego mas que cuando el enemigo atacase ó se presentara en ademán de hacerlo.

Así han transcurrido los días de anteayer, ayer y hoy. Apenas se oye fuego de fusil en el campamento. De cuando en cuando suenan algunos tiros de fusilería, que indican movimientos del enemigo por lo general debidos al relevo de sus avanzadas. Mas constante, aunque no muy vivo, es el fuego de cañón, pues nuestros infatigables oficiales de artillería se hallan constantemente al acecho de los carlistas, y no bien observan que de una trinchera se hace fuego á los soldados, ó que un batallón cambia de sitio, ó que en cualquier eminencia se presenta algun grupo con ánimo al parecer de observar nuestro campo, allí envían rápidamente una lluvia de granadas, llevando con ellas la destrucción y la muerte. En medio de uno

de esos grupos cayó un proyectil disparado por la batería del tercero montado que manda el capitán Michel, causando la muerte de Olo. Por lo visto, el titulado general se hallaba allí rodeado de su estado mayor reconociendo nuestro campo, sin pensar que mientras él dirigía sus gemelos á las posiciones liberales, el ojo esperto de nuestros oficiales le había distinguido.

Esta noticia y las heridas de muerte recibidas por Radica, creo que en el reduto de Serantes, ya las habreis recibido por telégrafo. Su exactitud no puede ser para nadie dudosa. Han sido dadas por los Sres. Calderón y Villarias, que esta tarde se han presentado en nuestras líneas pidiendo una tregua de tres horas para recoger sus muertos y los heridos que aun permanecían ayer en el campo de batalla. Ya dije en mi carta del 28, si no recuerdo mal, que durante la noche del 27, algunos oficiales carlistas pidieron y obtuvieron permiso de los jefes poseedores de las casas de Murrieta, para retirar los muertos y heridos de aquellas inmediaciones. Su número era considerable. Solo en la trinchera situada al pie de las casas, dominando la cañada, había 46 muertos, según me ha referido uno de los oficiales que tomaron las casas, repitiendo lo que le había dicho uno de los oficiales carlistas. Y sin embargo, aquel sitio no es sino uno de los doc. ó más donde la lucha ha tenido proporciones gigantescas durante los tres días de ataque.

La proximidad de las avanzadas de uno y otro lado y el convencimiento que todos tienen de la necesidad de mas días de tregua, dá lugar á no pocos é interesantes episodios. Hoy, por ejemplo, durante la tregua de tres horas, algunos de los oficiales carlistas han conversado y cruzado cigarros con otros de los nuestros, de quienes habian sido amigos y compañeros. El día 26 por la mañana un carlista empezó á llamar desde la trinchera más avanzada de Serantes al batallón situado en Murrieta.

—¿Qué batallón es ese, preguntaba?

—Zamora, contestó nuestro centinela.

—Dime si en la cuarta compañía hay un muchacho de Sangüesa que se llamaba Fulano.

Nuestro soldado, toma informes, y en efecto, al poco rato el de Sangüesa se presentó junto al centinela.

—¿Quién me llama?

—Soy yo, Zutano, tu paisano, replicó el carlista. Si quieres que hablemos baja sin fusil al arroyo, y yo también bajaré.

Por toda contestacion, el soldado liberal se salió á la pared poniendo al descubierto todo su cuerpo; alzó las manos batiéndolas y dijo: mira. Acto continuo descendió al arroyo, donde los dos paisanos conversaron durante media hora. Después se separaron dispuestos á andar inmediatamente á balazos. A través de los siglos, nuestro carácter mantien su proverbial nobleza. Otros rasgos de la misma índole pudie-

ra referir, pero basta el citado para formar juicio de la vida del campamento durante estos días de tregua.

No son perdidos para nuestras armas. Los generales aprovechan sus momentos para avanzar y fortificar las baterías que han de facilitar la toma de las trincheras que rodean la iglesia de San Pedro Abanto. Mañana se colocarán las dos de 16 centímetros, cuyos proyectiles batirán en bracha el edificio. Al amparo de sus muros tienen los carlistas un cañon, probablemente de montaña, con el cual tratan en vano de hostilizar á la batería situada en el cerrillo que domina á Puoheta. Comparado el empuje de nuestra artillería y el valor con que sirven las piezas oficiales y soldados, son verdaderamente ridiculas las maniobras de los artilleros carlistas, algo parecidas á las de los moros del Riff, cuando logran disponer de un cañon.

Con intervalos de una y más horas, dispararon algunas granadas ayer y anteayer sin resultado alguno. Dos ó tres han pasado á grande altura de nuestra batería y nadie las ha visto estallar. Una estalló ayer pocos momentos después de habernos separado de un puesto próximo Alcazar, Romero y yo, pero se quedó corta por mas de 100 metros. Cuando van á hacer un disparo, asoman un poco la boca de la pieza fuera de la línea de la iglesia, pero jamás se ve un artillero. Al salir un tiro, la pieza se oculta por la fuerza natural de retroceso, oyéndose gran algazera, solo comparable á la de los rifloños al hacer un disparo después de grandes apuros para reunir por contribucion, pólvora suficiente. Seis ó ocho cañones de nuestras baterías están enfilados al ángulo de la iglesia para disparar tan luego como asoma el cañon de Barba Azul, según le llaman nuestros soldados, pero hasta ahora no ha sido posible cogerla de lleno, aunque es posible que los casos de granada que estallan allí mismo, la hayan causado mas de un desperfecto.

Mañana no se emprenderá movimiento alguno á juzgar por lo que he observado. Aprovecharé esta ocasion para preparar de nuevo elementos de curación y alimentos destinados á Somorrostro. Siguiendo vuestras indicaciones, habia entregado á la administración militar algunos de los efectos últimamente llegados, aunque á decir verdad continuaban á mi disposicion, porque tanto el comisario de guerra de Castro como los infatigables oficiales á sus órdenes, se han apresurado á atender en el acto cualquiera de mis indicaciones para aplicar tal ó cual objeto que yo creia oportuno. En adelante los recibiré y daré aplicacion como antes. Las señoras de esta patriótica poblacion han vuelto á consagrarse por completo á la humanitaria misión que se impusieron desde el 15 de febrero. Unas en el hospital de San Francisco, otras en el del Carmen, no abandonan un momento las salas de los heridos. A las horas de los

caldos, y comidas sobre todo se reúnen todas, y ninguno de los alimentos pasa por otras manos hasta los infortunados heridos. Mi misión se halla reducida por ahora á surtirlos de cuanto necesitan para hacer mas llevadera la situacion de sus enfermos.

Ayer, por ejemplo, se lamentaba una señorita de no haber en la villa algo que ofrecer á los oficiales para postre en las comidas. Entonces recordé el donativo de D. Valentin Martin hermano, y entregué algunos de sus exquisitos quesos, nunca con mas oportunidad aplicados. Con el mismo objeto he entregado algunas cajas de galletas finas de otros donativos. En el hospital del Carmen hay habitaciones reservadas para los jefes y oficiales: consuela oírles expresar su satisfaccion á los que allí esperan el término de sus males, porque hallan cuantos cuidados necesitan. Solo han quedado aquí ya los heridos graves, no tanto porque su vida se halle amenazada, sino por lo largo y difícil de la curacion y fracturas que hacen tener dolorosas aunque no mortales consecuencias. Durante estos últimos cinco días se han llevado á Santander mas de 1.000 heridos. Algunos, siento decirlo, indebidamente, porque es poner en grave riesgo su vida obligándoles á un viaje, siquiera no sea mas que cinco horas, á los sufrimientos del embarque y desembarque.

Pero me hago cargo de que es la única manera de dejar hueso para los heridos que en lo sucesivo vengán, y debe reconocer por lo tanto que esta es una de las terribles consecuencias de la guerra, y no descuido ó abandono de la sanidad, que, lo repito, hace cuanto humanamente es posible en pró de los enfermos.

Aquí se procura hacer el embarque de la manera que mas dolores economiza á los infelices. Todo el mundo rivaliza en celo y caridad para contribuir á esta obra. Los capitanes de los buques, mercantes, la marinería, los oficiales del puerto, los de las fuerzas que guardan esta villa, los paisanos, á cual con mayor solicitud, se los ve por las mañanas en el muelle, cogiendo del brazo á un soldado, llevándole su pobre equipaje y procurando acomodarle en la cubierta del buque de modo que menos sufra. Pero aun así, que horrible es el espectáculo de un buque cargado de heridos!

En la bodega y tendidos sobre un espeso y blando lecho de heno, se ven aquellos á quienes ha sido necesario llevar hasta allí en camillas, porque la naturaleza de las heridas no les permite moverse. Uno de los heridos leves va á su cuidado para darle agua ó algunas gotas de vino, durante la travesía, para reanimar sus fuerzas. En la cubierta, á popa, á proa y á los costados, y de pie, tendidos ó sentados, como les es posible, va el resto con heridas menos leves, ahogando los dolores de sus lesiones, y revelando en sus fisonomías la satisfaccion de haber librado la vida de tan ru-

## EPÍLOGO.

Los últimos acontecimientos que acabamos de referir tuvieron lugar en mi ausencia. Yo no habia vuelto á Saint-Donat desde el invierno; habia pasado la primavera en Paris y el verano en Étretat.

No volví á mi hacienda de Charmilles hasta el 28 de Agosto del siguiente año, vispera del principio de la caza.

Al día siguiente, al abrir mi ventana, me sorprendí de un poco viendo la Rousseliere á través de los árboles, blanca y coqueta, como una villa de Montmorency ó de Chatou.

La vieja casa habia perdido su color gris; un hermoso prado habia reemplazado á la huerta, y el antiguo parque ingulto estaba dibujado á la inglesa.

Peste! exclamé, habrá muerto aquel viejo avaro de Raynouard. Se habrá vendido la Rousseliere á algun rentista amigo de la paleta y del estuco.

Pareciame imposible que el antiguo comisionista entrase por sí mismo en aquella vía de prodigalidad excesivas.

Iba á llamar á mi jardinero para preguntarle,

venid á hacerlo á la Rousseliere. Se lo he prometido á María. Hablaremos de asuntos de familia.

Me parece que la cosa marcha, murmuró el tío Santiago viendo pasar á Mr. Raynouard del brazo de Mr. Simonin.

—¿Puede ser, hijo, el visto con una sonrisa?

—Sí, con una sonrisa contenta.

—Vengo á consultarle, preguntó Mr. Raynouard.

—¿Puede ser á mi hijo?

—Mr. Simonin pidió permiso y se incorporó con vivo interés.

—¿Dijo Mr. Raynouard, y si yo recordase un hombre de bien que me prometiera hacer un folio?

—Mr. Raynouard, al hablar, sus ojos se dirigieron á Mr. Simonin.

—¿Puede ser, tal vez, como en otros días?

—¿Qué me presentó, preguntó Mr. Simonin, seria.

—¿Puede ser, tal vez, en otras circunstancias?

—¿Puede ser, tal vez, en otras circunstancias?

Aquel día fué una verdadera fiesta.

Se bailó sobre el césped del jardín del maestro, y madama Taconey distribuyó mas de diez botellas de vino.

Mr. Simonin se conmovió mas de una vez hasta llorar, y si hubiera tenido orgullo, habría podido ceñirse el rey de aquel pequeño país.

Sin embargo desde el día siguiente volvió á abrir su escuela, como si nada hubiera sucedido; y, cosa singular, no fué á hacer ninguna visita á la Rousseliere.

María Raynouard y su padre, por otra parte, no habian comido la vispera en casa de Mr. Taconey.

Pero el amor de los dos jóvenes no era ya un misterio para nadie, y se hablaba de él con benevolencia, al día siguiente por la tarde, ante la herrería de Branchu.

La herrería habia sido siempre el sitio de reunion de toda la gente de zuecos de Saint-Donat.

El tío Santiago, que se habia sentado sobre el yunque, decía:

—Si el tío Raynouard, que ya no es casi avaro y que se ha puesto á hacernos bien, quisiera ser un hombre de buen sentido hasta el fin, daría su hija á Mr. Simonin.

—No hubiera hecho un mal negocio nuestro magister, observó Branchu.

—¿Qué podrá tener el tío Raynouard? preguntó Mateo Domingo.

—Mas de un millon.





